

SEMANA MISIONERA HOSPITALARIA 12 - 18 Octubre 2020 "Tejedores de hospitalidad"



"Aquí estoy mándame"

Semana Misionera Hospitalaria 2020

“Aquí estoy, envíame a mí”. Es el título del mensaje de Francisco para la Jornada misionera mundial 2020, publicado el día de Pentecostés. El Papa subraya el vínculo existente entre el Espíritu Santo y la misión en la Iglesia. En el contexto de la pandemia que aun está en curso recuerda que la humanidad está llamada **"a remar junta"** y que **Dios quiere llegar a todos con su amor**.

La expresión forma parte de la narración bíblica de la vocación del profeta Isaías. A la pregunta del Señor: “¿A quién enviaré?”, Isaías contesta con prontitud: “aquí estoy, envíame a mí” Esta llamada – escribe Francisco – viene del corazón de Dios, de su misericordia que interpela tanto a la Iglesia como a la humanidad en la actual crisis mundial”.

En su mensaje para la Jornada misionera mundial que se celebrará el próximo día 18 de octubre, el Papa retoma lo que dijo en la Plaza de San Pedro en el inolvidable momento de oración del pasado 27 de marzo. En aquel entonces describía el desconcierto general de la humanidad azotada por la Covid-19, parecido a lo que vivieron los discípulos “sorprendidos por una tormenta inesperada y furiosa”, y destacaba la toma de conciencia de que “estamos todos en la misma barca” , frágiles pero importantes y necesarios, **"todos llamados a remar juntos, todos necesitados de confortarnos mutuamente"**. El mensaje continúa:

Estamos realmente asustados, desorientados y atemorizados. El dolor y la muerte nos hacen experimentar nuestra fragilidad humana; pero al mismo tiempo reconocemos que compartimos todos un fuerte deseo de vida y de liberación del mal. En este contexto la llamada a la misión, la invitación a **salir de nosotros mismos por amor a Dios y al prójimo** se presenta como una oportunidad para **compartir**, para **servir** y para **interceder**. La misión que Dios confía a cada uno de nosotros nos hace pasar del yo temeroso y cerrado al yo reencontrado y renovado por el don de sí mismo.

Francisco escribe en el mensaje que la misión, la **“Iglesia en salida”**, no es “una intención que hay que realizar con esfuerzo de voluntad”, sino que es Cristo quien hace salir a la Iglesia. Y que es el Espíritu Santo el que impulsa al cristiano en la misión de anunciar el Evangelio. Para que a través de nosotros “Dios siga manifestando su amor, toque y transforme los corazones, las mentes, los cuerpos, las sociedades y culturas en todo lugar y en todo tiempo”.

Sin embargo, se puede **sentir la llamada a la misión**, afirma el Papa, sólo si vivimos una **relación personal con Jesús** , por eso nos invita a todos a preguntarnos si “estamos preparados para acoger la presencia del Espíritu Santo en nuestra vida”, sea cual sea nuestro estado. Si “estamos dispuestos a ser enviados por doquier para testimoniar nuestra fe”, si como María, estamos dispuestos a cumplir la voluntad de Dios, “en el hoy de la Iglesia y de la historia”.

Entender qué nos está diciendo Dios en estos tiempos de pandemia es un desafío también para la misión de la Iglesia. La enfermedad, el sufrimiento, el miedo y el aislamiento plantean muchos interrogantes. La pobreza de quienes mueren solos, de quienes están abandonados a su suerte, de quienes pierden su empleo y su salario, de quienes no tienen ni una casa ni comida nos cuestiona.

En este momento podemos enfermar todos, ser frágiles, tener miedo. En cualquier caso debemos estar “sanados” y también debemos reforzar nuestra fe, compartirla y ayudar a los más necesitados.

En la Congregación de las Hermanas Hospitalarias del Sagrado Corazón de Jesús y en la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios hemos sufrido las consecuencias de esta pandemia. Ha habido muertos en nuestros centros: personas asistidas y colaboradores, también en algunas de nuestras comunidades, han fallecido Hermanas y Hermanos. Pero esto no ha sido un impedimento para que permaneciéramos **fieles a nuestro carisma y continuásemos evangelizando el mundo del dolor y del sufrimiento** en todos los lugares del mundo donde estamos presentes.

Esta particular situación que hemos vivido todos nos ha llevado a sentirnos más cercanos y solidarios, sobre todo con quienes están más lejos y con quienes tienen menos recursos. Esta cercanía, esta hermandad y esta forma de compartir todo lo que tenemos aún se está dando en este momento.

El Papa Francisco concluye su mensaje afirmando que en la celebración de la Jornada misionera mundial la oración, la reflexión y la ayuda material son oportunidades para participar a la misión de la Iglesia.

Lunes día 12

Jesús mismo se acercó y empezó a caminar con ellos (Lc 24, 15)

Hna. Jolanta Kafka. Presidente UISG. P. Arturo Sosa SI. Presidente USG

Jesús, hoy como entonces, viene a nuestro encuentro y camina a nuestro lado, también cuando no somos capaces de reconocerlo. el Crucificado-resucitado ejerce su ministerio de consolación (2 Cor 1,3-7) y cuida a sus hermanos y hermanas.

Digamos con el salmista: ¡Bendito sea el señor día tras día! Cuida de nosotros el dios salvador (sal 68,20).

Jesús, como hizo con los discípulos de Emaús, nos escucha pacientemente. Escucha nuestras conversaciones cuando nos interrogamos sobre el sentido de lo que sucede y sobre el cambio que, junto a la humanidad, estamos invitados a realizar a partir de la experiencia vivida.

De hecho, somos conscientes de que la crisis provocada por la pandemia no es la causa de la crisis de la vida religiosa, de las crisis políticas, económicas o de la iglesia; reconocemos, sin embargo, que ejerce una fuerza catalizadora en los procesos de crisis ya en curso, y que ahora parecen haberse acelerado con renovado vigor.

Manifestamos nuestra cercanía fraterna a todos aquellos que en este período de pandemia han sufrido más directamente y han perdido miembros de sus institutos, familias y colaboradores. Estamos cerca de las comunidades que con esfuerzo afrontan el luto, la convalecencia y los problemas económicos que la pandemia ha generado. El camino pascual de Jesús con nosotros es la única fuente de nuestra esperanza.

El Papa Francisco nos ha pedido muchas veces en estas semanas caminar juntos porque, como repite frecuentemente, sólo juntos podemos hacer frente a las dificultades de esta situación y aprovechar este momento histórico para dar un significado nuevo a este giro que el camino de la humanidad está tomando.

Jesús entra en diálogo con nosotros para iluminar el sentido de lo que ocurre y, encendiendo nuestros corazones, nos ayuda en nuestro discernimiento con su palabra y su espíritu.

¿Cómo convertir este tiempo de oscuridad en una oportunidad luminosa para la animación de nuestros institutos? ¿Cómo aprovechar las intuiciones más bellas que han surgido durante este tiempo de prueba, para nuestro cambio y para nuestra misión? estamos seguros de que el camino a recorrer es el discernimiento conjunto, en el cual el espíritu encuentra el espacio para guiarnos.

Es un tiempo, pues, que nos invita a cuidar la escucha, a crear espacios de silencio contemplativo y de intercambio, tanto de reflexiones como de datos concretos, de modo que el discernimiento no sea precipitado ni las conclusiones apresuradas.

Escuchar a todas las generaciones: memoria del pasado, atención al presente y la mirada dirigida hacia el futuro. Ofrecer un espacio especial a los jóvenes para que puedan expresar y compartir sus sueños y sus deseos. Ofrecer espacios especiales también a las personas ancianas para que su testimonio pueda ser preservado en la continuidad de la historia.

Escuchar con atención y leer la realidad, lo que está verdaderamente sucediendo. La sostenibilidad de nuestra misión, de nuestras estructuras, debe ser cuidada integralmente, pero el bien máspreciado que debemos conservar es nuestra identidad carismática y las personas. ¿Qué espacios de escucha podemos crear para que esto suceda?

Tenemos que agradecer a tantos autores que, desde lugares muy distintos del planeta, han ofrecido sus contribuciones desde el punto de vista espiritual, teológico, social, económico, ético, así como también crítico, de esta situación que estamos atravesando. No nos hemos sentido solos, hemos acudido a la riqueza de este material, pero al mismo tiempo continuamos sintiendo la necesidad de escucha y de búsqueda. Y todo esto porque sabemos que el espíritu santo no deja de hablarnos en medio de las dificultades.

Así lo subraya la narración del Génesis: al inicio todo era caos, pero el espíritu aleteando sobre las aguas inició un orden nuevo. Este tiempo nos lleva de nuevo al origen, porque el espíritu que está en nosotros, como en tantos otros de nuestros hermanos y hermanas de la humanidad, suscita un gran deseo de renovación, de recuperación, de nuevo nacimiento. ¿Puede nacer hoy un mundo nuevo?

Martes día 13

Textos tomados de la entrevista que le hicieron la Hno Jesús Etayo en la revista Vida Nueva.

El carisma religioso frente a la pandemia. Hno. Jesús Etayo, Superior General

Nuestro carisma y nuestra misión es la hospitalidad y siempre hemos de estar preparados. La pandemia ha sido y es una emergencia, por tanto, para nosotros es un momento de emergencia carismática para dar lo mejor de nosotros mismos al servicio de los enfermos en esta situación tan difícil. Dicho de otro modo, es lo que llamo la hora de la hospitalidad. La hora de salir a asistir, a cuidar, acompañar, ofrecer, dar todo por amor a Dios y a los enfermos. Nuestro voto, de hospitalidad, nos compromete a prestar a los enfermos y necesitados todos los servicios necesarios incluso con peligro de la vida. Es cierto que no lo podemos hacer desordenadamente, sino con las medidas y protecciones necesarias, siguiendo las normas y protocolos sanitarios, pero de alguna manera es nuestra hora, no podemos escondernos en este momento. Tampoco podemos escondernos cuando termine la crisis sanitaria, porque llega la económica y social. Hemos de ser capaces de apoyar y ayudar a muchas personas que pueden quedar atrás a causa de la pandemia. A lo largo de la historia de nuestra Orden, muchos de nuestros hermanos han perdido la vida en la asistencia a los enfermos durante la peste y en diversas epidemias. La última vez fue en 2014 en la epidemia del Ébola en Liberia y Sierra Leona, donde cuatro hermanos, una religiosa y trece colaboradores perdieron la vida.

El acompañamiento a los enfermos en este período

Los enfermos son el centro de todos nuestros desvelos. Los hermanos y los colaboradores de la Orden han hecho lo posible y lo imposible por asistirlos con la máxima profesionalidad, humanidad respeto y dignidad.

Ha habido momentos duros y difíciles, cuando lo que nos llegaba era como un tsunami. Pero en todo momento se han puesto todos los esfuerzos en atender y acompañar a los pacientes, sobre todo aquellos más graves. Particularmente se ha cuidado al máximo el acompañamiento y los cuidados a las personas en los centros y residencias sociales, de ancianos, personas excluidas enfermos mentales, etc. Además de cuidar los aspectos sanitarios, se han cuidado los aspectos humanos, sociales y espirituales, con actividades concretas que les ayudasen a pasar este momento tan complicado. El acompañamiento espiritual y religioso ha sido un aspecto muy importante en estos momentos. En muchos lugares ha sido necesario buscar fórmulas creativas, usar medios incluso virtuales, con el fin de garantizar la asistencia espiritual y religiosa. En muchos momentos, donde la familia no podía estar presente, nuestros hermanos y colaboradores han llevado a los enfermos la ternura y el amor de Dios y también de los familiares que no han podido acompañarles.

La espiritualidad cristiana como ayuda para afrontar esta situación

La fe cristiana es una gran ayuda para quien abre su corazón a Dios. Durante la pandemia hemos escuchado al Papa, que nos ha invitado “a no tener miedo” en medio de la tempestad que significa esta pandemia, porque “Cristo lleva el timón de nuestra barca”, de nuestra vida. Además, la espiritualidad cristiana nos enseña que somos familia, somos comunidad, todos hermanos e hijos de Dios. No estamos solos ni aislados. La hospitalidad evangélica y el servicio a los enfermos

testimonian de forma diáfana el amor compasivo y misericordioso de Dios con los enfermos, con los que sufren y, en este caso, también con los sanitarios y con todos los que se están dedicando en alma y cuerpo a luchar para controlarla y superar la pandemia.

Miércoles día 14

La modernidad es frágil, precisamos de un nuevo modelo de economía.

Entrevista al Secretario de Estado Vaticano Pietro Parolin 27-08-20

"La prioridad no es la economía, como tal, sino el ser humano", explica el cardenal. El Covid-19 -continúa- no sólo ha causado una crisis de salud, sino que ha afectado a muchos aspectos de la vida humana: la familia, la política, el trabajo, los negocios, el comercio, el turismo, etc. ...".

Según el Secretario de Estado, "si todos los gobiernos se han visto obligados a tomar medidas drásticas, hasta el punto de detener tantas actividades económicas para luchar contra la pandemia, significa que la prioridad no es la economía, sino la persona. Esto significa, en primer lugar, cuidar la salud". Sin embargo -continúa- la doctrina social de la Iglesia, que tiene sus raíces en la antropología cristiana, nos recuerda que no se puede limitar a cuidar sólo la salud del cuerpo. Debemos cuidar la integridad de la persona humana, que debe ser, por tanto, el objetivo prioritario del compromiso político y económico, en una ética de responsabilidad compartida en la casa común".

"En consecuencia -señala el Cardenal- la Iglesia nos invita a redescubrir la vocación de la economía al servicio del hombre, para garantizar a cada persona las condiciones necesarias para un desarrollo humano integral y una vida digna. "Ahora más que nunca", escribió el Papa Francisco en la Pascua del pasado 11 de abril, "son las personas, las comunidades y los pueblos los que deben estar en el centro, unidos para sanar, curar y compartir".

No dejar de lado la necesidad espiritual

Para el Cardenal Parolin, "hay que destacar, por tanto, algunos peligros que han aparecido en la lucha contra la pandemia, como la prevalencia de enfoques antropológicos reductores que, centrados en la salud corporal, arriesgan considerar insignificantes las dimensiones espirituales. En la situación de emergencia dramática que hemos vivido -continúa- se ha puesto de manifiesto el límite de una interpretación de las cuestiones de salud según paradigmas exclusivamente técnicos, que prácticamente ha negado ciertas necesidades básicas, por ejemplo, dificultando la proximidad de los familiares y el acompañamiento espiritual de los enfermos y moribundos. Esto exige una reflexión más profunda sobre las muchas preguntas que la pandemia nos ha planteado".

Y el Papa Francisco, en la encíclica *Laudato sí*, destacó: "La interdependencia nos obliga a pensar en un mundo único, en un proyecto común". Por otra parte -recordó Juan Pablo II en la *Sollicitudo rei socialis*-, hoy nos enfrentamos a una interdependencia tecnológica, social y política, que exige urgentemente una ética de la solidaridad".

Debemos sembrar la amistad y la buena voluntad en lugar del odio y el miedo". Además, "la interdependencia planetaria requiere respuestas globales a los problemas locales", insistió el Papa Francisco en su reunión con los Movimientos Populares en 2015, "porque la globalización de la esperanza [...] debe sustituir a esta globalización de la exclusión y la indiferencia".

Benedicto en la Caritas in Veritate, habló de una economía en la que la lógica del don, el principio de gratuidad, que expresa no sólo la solidaridad, sino también la fraternidad humana más profunda, debe encontrar espacio. Francisco relanzó el tema del desarrollo humano integral en el contexto de una "ecología integral", ambiental, económica, social, cultural y espiritual.

La Iglesia se siente llamada a acompañar el complicado camino que se nos presenta a todos como familia humana". Y "debe hacerlo con humildad y sabiduría, pero también con creatividad". Para el cardenal, en resumen, "existen sólidos principios de referencia, pero hoy en día la creatividad valiente es aún más urgente, para que la dramática crisis de la pandemia no se resuelva en una terrible tragedia, sino que se abran espacios para la conversión humana y ecológica que la humanidad necesita".

Para concluir, el Secretario de Estado espera "que lo que hemos vivido en los primeros meses de la pandemia haya alimentado en muchos fieles una mayor conciencia de la vida sacramental, junto con el deseo y la expectativa de una participación más viva en la liturgia, cumbre y fuente de toda la vida de la Iglesia".

Jueves día 15

De la Circular a la Congregación de 18 de mayo 2020. Sor Anabela Carneiro, Superiora General

Sor Anabela Carneiro en su circular, expresa, una profunda comunión con el sufrimiento de nuestro mundo que, en estos últimos meses, se está haciendo sentir de forma tan inesperada cuanto dolorosa, a causa de la pandemia del covid-19, con consecuencias devastadoras para la humanidad. Estamos haciendo esa experiencia de "sentirnos en la misma barca, todos frágiles y desorientados", al mismo tiempo que percibimos esa llamada fuerte a la fe, a entregarle al Señor nuestros temores, a restablecer el rumbo de la vida hacia el Él y hacia los demás.

Derramando sobre el mundo, el consuelo, la esperanza, la hospitalidad...

El Señor quiere servirse de nosotras, para ser "instrumentos de consuelo, de esperanza y de hospitalidad.

El consuelo

Ante las situaciones de sufrimiento que laceran la humanidad y que nosotras, por nuestra vocación samaritana, tocamos muy de cerca, urge que seamos mujeres capaces de consolar, de ser testigos de la misericordia y de la ternura del Señor; pero, como nos recuerda el Papa Francisco, "*sólo podremos ser portadores si nosotros experimentamos antes la alegría de ser consolados por Él, de ser amados por Él. ¡Esto es importante para que nuestra misión sea fecunda: sentir la consolación de Dios y transmitirla!*".

Como expresiones concretas de consuelo acentúo, particularmente, la *cercanía y el cuidado*, expresión de que el otro y su realidad son más importantes que nosotras mismas y que su sufrimiento no nos deja indiferentes; la *escucha y la acogida*, permitiéndole sentirse en casa y comunicar, sus angustias y esperanzas, sus deseos y desalientos, sus tristezas y alegrías; la

presencia amable y silenciosa, que no usa palabras vacías pero sabe “estar con”, siendo bálsamo sanador cuando el dolor se hace fuerte y, a veces, insoportable.

La esperanza

Somos llamadas a ser testigos de esta esperanza, que no es negación de la realidad sino la capacidad de encontrar a Dios, actuando con “sus manos creadoras” aun cuando la oscuridad y las dificultades se hagan más densas. Sugiero tres expresiones de esperanza que considero tan necesarias cuanto oportunas en el momento que vivimos. Ante todo, la capacidad de *creer y de alentar la vida*, pues aun en la dificultad, en la oscuridad, la semilla del bien y del amor continua creciendo y pide una mirada capaz de descubrirla, a veces donde menos se espera; la *pasión y la corresponsabilidad* en la construcción de una realidad nueva donde sean posibles esos cambios de actitud donde se cuide la casa común y la vida, sobre todo cuando es más frágil, y se potencie una cultura de la solidaridad y del encuentro; una *confianza grande* en Dios, que nos permita cambiar nuestros miedos, inquietudes, desalientos en la certeza de que Él está con nosotros (cf. Mt28,20).

La hospitalidad

En su viaje a Tailandia el Papa Francisco dijo: “*Hoy más que nunca nuestras sociedades necesitan “artesanos de la hospitalidad”, hombres y mujeres comprometidos con el desarrollo integral de todos los pueblos dentro de una familia humana que se comprometa a vivir en la justicia, la solidaridad y la armonía fraterna*”.

Me llamó mucho la atención esta expresión y creo que, a la luz de la realidad, podemos percibir esa llamada a ser “*artesanas de hospitalidad*”, tejiendo, en nuestras relaciones y en el servicio apostólico, gestos samaritanos que nos configuran y sellan nuestro ser testigos de Jesús compasivo y misericordioso.

Me atrevo a compartir tres aspectos que considero importantes para nuestro hoy: el *servicio humilde y alegre*, tanto a nuestras hermanas de comunidad como en los trabajos apostólicos que nos son confiados; la *disponibilidad para el envío* anteponiendo a mis intereses y gustos, los de la misión y del reino; la *gratuidad* en llevar las unas las cargas de las otras (cf. Gal 6,2).

Viernes día 16

PAPA FRANCISCO AUDIENCIA GENERAL Biblioteca del Palacio Apostólico

“Curar el mundo”, Introducción. Catequesis de Papa Francisco

Un nuevo encuentro con el Evangelio de la fe, de la esperanza y del amor nos invita a asumir un espíritu creativo y renovado. De esta manera, seremos capaces de transformar las raíces de nuestras enfermedades físicas, espirituales y sociales. Podremos sanar en profundidad las estructuras injustas y sus prácticas destructivas que nos separan los unos de los otros, amenazando la familia humana y nuestro planeta.

El ministerio de Jesús ofrece muchos ejemplos de sanación. Cuando sana a aquellos que tienen fiebre (cfr. Mc 1,29-34), lepra (cfr. Mc 1,40-45), parálisis (cfr. Mc 2,1-12); cuando devuelve la vista (cfr. Mc 8,22-26; Jn 9,1-7), el habla o el oído (cfr. Mc 7,31-37), en realidad sana no solo un mal físico, sino toda la persona. De tal manera la lleva también a la comunidad, sanada; la libera de su aislamiento porque la ha sanado.

Pensemos en el bellissimo pasaje de la sanación del paralítico de Cafarnaúm (cfr. Mc 2,1-12), Mientras Jesús está predicando en la entrada de la casa, cuatro hombres llevan a su amigo

paralítico donde Jesús; y como no podían entrar, porque había una gran multitud, hacen un agujero en el techo y descuelgan la camilla delante de él que está predicando. «Viendo Jesús la fe de ellos, dice al paralítico: Hijo, tus pecados te son perdonados» (v. 5). Y después, como signo visible, añade: «Levántate, toma tu camilla y vete a tu casa» (v. 11).

¡Qué maravilloso ejemplo de sanación! La acción de Cristo es una respuesta directa a la fe de esas personas, a la esperanza que depositan en Él, al amor que demuestran tener los unos por los otros. Y por tanto Jesús sana, pero no sana simplemente la parálisis, sana todo, perdona los pecados, renueva la vida del paralítico y de sus amigos. Hace nacer de nuevo, digamos así. Una sanación física y espiritual, todo junto, fruto de un encuentro personal y social. Imaginamos cómo esta amistad, y la fe de todos los presentes en esa casa, hayan crecido gracias al gesto de Jesús. ¡El encuentro sanador con Jesús!

Y entonces nos preguntamos: ¿de qué modo podemos ayudar a sanar nuestro mundo, hoy? Como discípulos del Señor Jesús, que es médico de las almas y de los cuerpos, estamos llamados a continuar «su obra de curación y de salvación» (CIC, 1421) en sentido físico, social y espiritual.

La Iglesia, aunque administre la gracia sanadora de Cristo mediante los Sacramentos, y aunque proporcione servicios sanitarios en los rincones más remotos del planeta, no es experta en la prevención o en el cuidado de la pandemia. Y tampoco da indicaciones socio-políticas específicas (cfr. S. Pablo VI, Cart. ap. Octogésima adveniens, 14 de mayo 1971, 4). Esta es tarea de los dirigentes políticos y sociales. Sin embargo, a lo largo de los siglos, y a la luz del Evangelio, la Iglesia ha desarrollado algunos principios sociales que son fundamentales (cfr Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia, 160-208), principios que pueden ayudarnos a ir adelante, para preparar el futuro que necesitamos. Cito los principales, entre ellos estrechamente relacionados entre sí: el principio de la dignidad de la persona, el principio del bien común, el principio de la opción preferencial por los pobres, el principio de la destinación universal de los bienes, el principio de la solidaridad, de la subsidiariedad, el principio del cuidado de nuestra casa común. Estos principios ayudan a los dirigentes, los responsables de la sociedad a llevar adelante el crecimiento y también, como en este caso de pandemia, la sanación del tejido personal y social. Todos estos principios expresan, de formas diferentes, las virtudes de la fe, de la esperanza y del amor.

Exploraremos juntos cómo nuestra tradición social católica puede ayudar a la familia humana a sanar este mundo que sufre de graves enfermedades. Es mi deseo reflexionar y trabajar todos juntos, como seguidores de Jesús que sana, para construir un mundo mejor, lleno de esperanza para las generaciones futuras.

Sábado día 17

“Curar el mundo”: Fe y dignidad humana

Catequesis de Papa Francisco

Es loable el compromiso de tantas personas que en estos meses están demostrando el amor humano y cristiano hacia el prójimo, dedicándose a los enfermos poniendo también en riesgo su

propia salud. ¡Son héroes! Sin embargo, el coronavirus no es la única enfermedad que hay que combatir, sino que la pandemia ha sacado a la luz patologías sociales más amplias. Una de estas es la visión distorsionada de la persona, una mirada que ignora su dignidad y su carácter relacional. A veces miramos a los otros como objetos, para usar y descartar. En realidad, este tipo de mirada ciega y fomenta una cultura del descarte individualista y agresiva, que transforma el ser humano en un bien de consumo (cfr. Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 53; Enc. *Laudato si'* [LS], 22).

A la luz de la fe sabemos, sin embargo, que Dios mira al hombre y a la mujer de otra manera. Él nos ha creado no como objetos, sino como personas amadas y capaces de amar; nos ha creado a su imagen y semejanza (cfr. Gen 1, 27). De esta manera nos ha donado una dignidad única, invitándonos a vivir en comunión con Él, en comunión con nuestras hermanas y nuestros hermanos, en el respeto de toda la creación. En comunión, en armonía, podemos decir. La creación es una armonía en la que estamos llamados a vivir. Y en esta comunión, en esta armonía que es comunión, Dios no dona la capacidad de procrear y de custodiar la vida (cfr. Gen 1, 28-29), de trabajar y cuidar la tierra (cfr. Gen 2,15; LS, 67). Se entiende que no se puede procrear y custodiar la vida sin armonía; será destruida.

Pidamos, por tanto, al Señor que nos dé ojos atentos a los hermanos y a las hermanas, especialmente a aquellos que sufren. Como discípulos de Jesús no queremos ser indiferentes ni individualistas, estas son las dos actitudes malas contra la armonía. Indiferente: yo miro a otro lado. Individualistas: mirar solamente el propio interés. La armonía creada por Dios nos pide mirar a los otros, las necesidades de los otros, los problemas de los otros, estar en comunión. Queremos reconocer la dignidad humana en cada persona, cualquiera que sea su raza, lengua o condición. La armonía te lleva a reconocer la dignidad humana, esa armonía creada por Dios, con el hombre en el centro.

El Concilio Vaticano II subraya que esta dignidad es inalienable, porque «ha sido creada a imagen de Dios» (Const. past. *Gaudium et spes*, 12). Es el fundamento de toda la vida social y determina los principios operativos. En la cultura moderna, la referencia más cercana al principio de la dignidad inalienable de la persona es la Declaración Universal de los Derechos del Hombre, que San Juan Pablo II definió «piedra miliar puesta en el largo y difícil camino del género humano» [1], y como «una de las más altas expresiones de la conciencia humana»[2]

Esta renovada conciencia de la dignidad de todo ser humano tiene serias implicaciones sociales, económicas y políticas. Mirar al hermano y a toda la creación como don recibido por el amor del Padre suscita un comportamiento de atención, de cuidado y de estupor. Así el creyente, contemplando al prójimo como un hermano y no como un extraño, lo mira con compasión y empatía, no con desprecio o enemistad. Y contemplando el mundo a la luz de la fe, se esfuerza por desarrollar, con la ayuda de la gracia, su creatividad y su entusiasmo para resolver los dramas de la historia. Concibe y desarrolla sus capacidades como responsabilidades que brotan de su fe [4], como dones de Dios para poner al servicio de la humanidad y de la creación.

Mientras todos nosotros trabajamos por la cura de un virus que golpea a todos indistintamente, la fe nos exhorta a comprometernos seria y activamente para contrarrestar la indiferencia delante de las violaciones de la dignidad humana. Esta cultura de la indiferencia que acompaña la cultura del descarte: las cosas que no me tocan no me interesan. La fe siempre exige que nos dejemos

sanar y convertir de nuestro individualismo, tanto personal como colectivo; un individualismo de partido, por ejemplo.

Que el Señor pueda “devolvernos la vista” para redescubrir qué significa ser miembros de la familia humana. Y esta mirada pueda traducirse en acciones concretas de compasión y respeto para cada persona y de cuidado y custodia para nuestra casa común.

Domingo día 18

“Curar el mundo”: La opción preferencial por los pobres y la virtud de la caridad.

Catequesis de Papa Francisco

La pandemia ha dejado al descubierto la difícil situación de los pobres y la gran desigualdad que reina en el mundo. Y el virus, si bien no hace excepciones entre las personas, ha encontrado, en su camino devastador, grandes desigualdades y discriminación. ¡Y las ha incrementado!

Por tanto, la respuesta a la pandemia es doble. Por un lado, es indispensable encontrar la cura para un virus pequeño pero terrible, que pone de rodillas a todo el mundo. Por el otro, tenemos que curar un gran virus, el de la injusticia social, de la desigualdad de oportunidades, de la marginación y de la falta de protección de los más débiles. En esta doble respuesta de sanación hay una elección que, según el Evangelio, no puede faltar: es la opción preferencial por los pobres (cfr. Exhort. ap. *Evangelii gaudium* [EG], 195). Y esta no es una opción política; ni tampoco una opción ideológica, una opción de partidos. La opción preferencial por los pobres está en el centro del Evangelio. Y el primero en hacerlo ha sido Jesús; lo hemos escuchado en el pasaje de la Carta a los Corintios que se ha leído al inicio. Él, siendo rico, se ha hecho pobre para enriquecernos a nosotros. Se ha hecho uno de nosotros y por esto, en el centro del Evangelio, en el centro del anuncio de Jesús está esta opción.

Al principio de su predicación, anunció que en el Reino de Dios los pobres son bienaventurados (cfr. Mt 5, 3; Lc 6, 20; EG, 197). Estaba en medio de los enfermos, los pobres y los excluidos, mostrándoles el amor misericordioso de Dios (cfr. Catecismo de la Iglesia Católica, 2444). Y muchas veces ha sido juzgado como un hombre impuro porque iba donde los enfermos, los leprosos, que según la ley de la época eran impuros. Y Él ha corrido el riesgo por estar cerca de los pobres.

La fe, la esperanza y el amor necesariamente nos empujan hacia esta preferencia por los más necesitados, [1] que va más allá de la pura necesaria asistencia (cfr. EG, 198). Implica de hecho el caminar juntos, el dejarse evangelizar por ellos, que conocen bien al Cristo sufriente, el dejarse “contagiar” por su experiencia de la salvación, de su sabiduría y de su creatividad (cfr. *ibid.*). Compartir con los pobres significa enriquecerse mutuamente. Y, si hay estructuras sociales enfermas que les impiden soñar por el futuro, tenemos que trabajar juntos para sanarlas, para cambiarlas.

La pandemia es una crisis y de una crisis no se sale iguales: o salimos mejores o salimos peores. Nosotros debemos salir mejores, para mejorar las injusticias sociales y la degradación ambiental.

Hoy tenemos una ocasión para construir algo diferente. Por ejemplo, podemos hacer crecer una economía de desarrollo integral de los pobres y no de asistencialismo. Con esto no quiero condenar la asistencia, las obras de asistencia son importantes.

. Con el ejemplo de Jesús, el médico del amor divino integral, es decir de la sanación física, social y espiritual (cfr. Jn 5, 6-9) —como era la sanación que hacía Jesús—, tenemos que actuar ahora, para sanar las epidemias provocadas por pequeños virus invisibles, y para sanar esas provocadas por las grandes y visibles injusticias sociales. Propongo que esto se haga a partir del amor de Dios, poniendo las periferias en el centro y a los últimos en primer lugar. No olvidar ese parámetro sobre el cual seremos juzgados, Mateo, capítulo 25. Pongámoslo en práctica en este repunte de la epidemia. Y a partir de este amor concreto, anclado en la esperanza y fundado en la fe, un mundo más sano será posible. De lo contrario, saldremos peor de esta crisis. Que el Señor nos ayude, nos dé la fuerza para salir mejores, respondiendo a la necesidad del mundo de hoy.

